

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Agosto de 1897

Número 33

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil,
Victor Ferrer Festi,
Carlos Martínez Vigil,
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 26 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña	0.60
En el exterior	0.70
Número suelto	0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Biblioteca Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Artisanario"—Joya Literaria, de Cuspigera, Teja y C.ª

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, N.º 219

NUMARIO.—El maestro, por Daniel Granada—Aspasia, por Pedro M. Noya—El sercello, por Leopoldo Lugones—Las estafetas de San Juan, por Víctor Vidales—Presentación, por Víctor Arregui—Las flores de José Cipriani—Los Mocheros—HABERES IBEROS, por Víctor Ferrer Festi—El poeta de Gualeguay, por José Enrique Rodó—Bastidos, por Andrés A. Maza—Acuarera, por Emilio Berioy—Cuentos orientales, por Pedro G. G. El alma, por José M. Barreto—El Zai—Del poema épico de los celticos, por Abraham Lopez-Ferns—Falsos de oro, por Gonzalo Latorre Ferrás—El cuento de las cosas, por Luis A. Thielert—Discurso Anuario, por el Sr. Alberto Garó y Sanjón—Fecundación, por el Sr. José Salgado.

EL MESTIZO

SUMARIO.—La codicia del conquistador de América y la codicia de nuestros contemporáneos.—Las mujeres guaraníes.—Cunañada del guaraní con el español.—El paraiso de Mahoma.—Anatema de Centenera contra la cunañada del español y el indio.—Las mocheros del Uruguay rifeño con D. Angel Floro Costa y D. Juan Zorrilla de San Martín.—Mestizos del Río de la Plata y del Perú.—Alzamiento de mestizos contra España.—El tratamiento de heruanza, pariente, cunaño, Ho, primo, suegros, entre cristianos e indios.—Vaticinio de un conquistador.

— ¡Qué pintorescas las comarcas que vienen sus aguas en los caudalosos tributarios del Plata! A los ojos de los conquistadores eran deliciosas. Miraban éstos la hermosura de la naturaleza más apasionadamente que nuestros contemporáneos, quienes, por grande santidad que aparenten, son capaces de darle quince y falta en punto a insensibilidad y codicia. Han a sido civilizadores y modernos apostoles civilizadores de los heroes que los deslumbran con el vino resplandor de sus hechos gloriosos, un momento sordido, un no disminuido horror a las

incomodidades y peligros, el anhelo, en suma, de adquirir mucho dinero con poco ó ningún trabajo, ni otro sacrificio que la conciencia.

Las mujeres indianas pocas gracias naturales debieron al cielo; pero esas pocas gracias, más cumplidamente que ningunas otras mujeres indianas, reuníanlas ciertamente las paraguayas.

Los españoles, que jamás escrupulizaron en mezclar su sangre generosa con la sangre de las razas conquistadas, iban a desdesharlas!

Los indios del Paraguay, que componían diversas parcialidades de la celebrada estirpe guaraní, llamaban *cunaños* (1) a los españoles que los conquistaron, a quienes liberal y placenteramente concedían sus hijas, cuya prole más de una vez mereció ser legitimada; por rescripto del príncipe en consideración a eminentes servicios prestados a la corona por famosos capitanes que, cediendo la frente con el laurel de los heroes, solicitaron esa merced, movidos del tierno afecto de la paternidad que inspira en el hombre la franca naturaleza. (2)

¿Cómo se complace el criollo Ruidaz de Guzmán (nieto del conquistador Irala, que escribió en el año de 1612 la historia de la conquista y población del Río de la Plata y Paraguay) en poner de resalto el considerable incremento de la generación mestiza; la policía y buena doctrina en criar estos precitados vástagos de antigua nobleza, su esforzado ánimo y destreza en las armas y en el cabalgar á la brida y á la jineta, así como la honra que los monarcas teñían á bien dispensarles; encombrándolos encomenderos é invistiéndolos con los cargos más importantes y honoríficos de la república.

La ciudad de la Asunción, ciudad ilustre á par de las más ilustres de América, llegó á ser comparada entonces con el *Paraiso de Mahoma*, así por sus dones naturales, como por la gentileza de sus mujeres. El arcediaco Barco Centenera escamoteaba de tanta delicia y regalo. Oigamosle.

(1) *Cunaños*, dice la ley 8.ª, tit. 7.º, Partida 4.ª, es alleganza de personas que están del apuntamiento del varón y de la mujer, sean ó no casados, y mediante la cual de ellas se hacen hijos del varón, y viceversa.

(2) Juan de Salazar, que había hecho proceso en la cruda batalla de Lombardé cerca de la Asunción del Paraguay, y que medio derribado por una saeta, acompañado de algunos soldados salió en busca de un formidable enemigo que arremetió á él con un español habiéndole acompañado de tres ó cuatro indios de los que quedaban en el campo. Los indios se portaron como de costumbre, y él se defendió con ellos hasta que se le acabó el aliento.

El guaraní se huega en gran manera de verse emparentar con los cristianos: A cada cual le dan su compañera. Los padres y parientes más cercanos.

¡Oh lástima de ver muy lastimera Que de aquestos maneobos los hermanos A todos los que están amaneobados Los llaman hoy en día sus *cunaños*!

¿Quién le hubiera dicho al austero censor de las costumbres de los primitivos pobladores de aquellas comarcas, que la creciente cunañada que tanto le desazonaba había de ser uno de los factores componentes de la nacionalidad, que, hoy políticamente fraccionada, se extiende largamente del Paraguay al Plata!

Por lo general es sangre de generaciones guaraníes la que corre hoy por las venas de la gente mestiza. La raza peruana, dejó alguna en las provincias arribeñas del norte. La de los araucanos y pampas en Buenos Aires y provincias circunvecinas, así como la de charrúas en el Uruguay, muy poco ha podido mezclarse. La de guaraníes, raza muy extendida en ambas márgenes de los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, mezclóse fácilmente; porque los guaraníes (salvo algunas parcialidades, como los tupyes del alto Uruguay y los guaiturúes del Chaco, muy feroces) fueron más comunicables, menos indolentes á la voz de la persuasión de los misioneros y á la de mando de los conquistadores. En el Paraguay ha quedado bien visible el tipo de la raza guaraní y hasta la lengua. En Corrientes también habla guaraní entremezclado con castellano el vulgo.

La masa de la población nativa de la Argentina es mestiza (1). Lo propio sucede en el Paraguay y aun en el Uruguay. En el Uruguay no es tan crecido el número de mestizos como en la Argentina; pero en el norte y en el centro del país especialmente abundan. La mitad próximamente de los indios de las Misiones, comúnmente llamados *topes*, desertaron de ellas después de la expulsión de los jesuitas, cuyo celo y eficiencia no supieron imitar sus sucesores (autoridades civiles), y fueron á poblar las desiertas campañas del Uruguay. (2)

— Las mocheros (triguicifitas) del Uruguay no perdonaron nunca á sus palanqueros don Angel Floro Costa y don Juan Zorrilla de San Martín que hubieran querido hacer crecer á los mocheros de su país, y que la gente de allá se hubiese casado con la que nacía en sus propias comarcas.

Al postero de los sueños...
Salve, reina, a tu hermosura!
Salve, reina, a tu maldad!

ROSENDO VILLALOBOS.

Bolivia.

Presentación

Buenos Aires, Julio 30 de 1897.

Señor Daniel Martínez Vigil

Montevideo.

Mi amigo muy querido:

En allá en los tiempos de Santos Carlos Traviado José Chirapozu...
El círculo de nuestros lectores acaso superaba al del vicjo diario oficial de la muy noble ciudad de San Felipe y Santiago...

El monstruo de entonces plus fido interpretado por un fantático católico-apostólico-romano...
Había andado en compañía de su Musa, amante de la Naturaleza, burlando sensaciones en los eríos de luz...

La suerte hizo después lo de siempre: nos dispersó. Pasaron así los años. Muchos años! Un buen día...
—Ya lo ve, responde Chirapozu.

Había andado en compañía de su Musa, amante de la Naturaleza, burlando sensaciones en los eríos de luz...
Un gran silencio, el silencio de las siestas misioneras...
Realmente el Chaco, Misiones, la Cordillera, el Desierto...

manos las regiones que describe, porque no son ojos humanos los del patán que calcula la leña que le puede dar un árbol...

Pero hay algo más que recomienda a Chirapozu. El, como usted, como yo, es de los que no se adaptan a todos los climas morales...

VICTOR ARREGUINE.

PAISAJE

(POSADAS, MISIONES ARGENTINAS)

Una tarde de octubre salí, mortificado por el calor, a buscar en algún rincón apartado y sombrío, el aire que en mi casa me faltaba.

Al amparo de las tapias, entre cuyas grietas los 'teyúes' (!) asomaban con 'aire novelero' sus cabeotas achatadas y sus ojillos brillantes, me deslizaba huyendo...

En el medio de las calles, llenas de pintorescos accidentes geográficos que, por cierto, están lejos de excitar mi crítica, como que, más bien, hacen mis delicias...

Un gran silencio, el silencio de las siestas misioneras, se alzaba de todos los ámbitos y los llenaba como si fuera, no la entidad negativa que se define por cesación del ruido...

Mi corazón se iba volando por el desierto, por el Páis de los Onas, el Estrecho, con sus aristas de granito nevado, toda esta soberana Naturaleza...

Y en el fondo de mis ojos, se me veía a mí mismo, a mí mismo, a mí mismo, como si yo fuera un fantasma que se desvanecía en el viento...

ca comunicación con la calle, presentaban al sol sus copas semiesféricas o oblongas. Tal cual cactus, con sus largas ramas extrañas, unidas entre sí como los miembros de un fantoche...

Y, entre tanto, siempre el mismo grandioso silencio, como si de repente todo hubiera enmudecido, todo hubiera muerto...

En una de esas, llegué al Río, ó más bien dicho a un punto de él: el cual se ve el Río en toda su anchura, en magnífico panorama. Me arrojé a una casa para guarecerme del sol, y miré.

Inmediatamente bajo mis pies, el talud de la última barranca cubierto de monte y salpicado á éste los techos de numerosos ranchos derramados sin simetría...

Porzdo a apurar el último trago, di la espalda al desahogado espectáculo y volví a mi casa, pensando en las maravillas que, tienen la fortuna de poseer los que nacen ó viven en estas regiones en que, paralelamente a los grandes ríos de la tierra, corren desbordados por los aires innumeros ríos de luz.

JOSÉ CHIRAPOZU.

LOS MODERNISTAS

HENRIK IBSEN.

(Continuación)

Tal es Le taward savage, un drama extraño, simbólico, cuya idea moral es acaso de las más atrevidas que presente el arte contemporáneo. Pero no es uenos extraño, simbólico y moral Solness el constructor.

Halvard Solness es un célebre constructor que ya está aburrido de fabricar casas y palacios para los hombres, y que, en medio de la paz de su hogar tranquilo, tiene vértigos de grandeza y sueña con una obra colossal, digna de su genio. Un día entra en su casa una joven—aquella misma Hilde Wangel que corazon rebelde y de espíritu fantástico que ya conocimos en La dama del mar—á la que él prometió hace diez años, cuando era pequeño, construirle un palacio para que fuera en él una reina. Solness ha olvidado esta promesa pueril, lucha en brío...

Y en esta obra con un el cielo, sobre la superficie líquida como en los aéreos ámbitos, en la playa amarilla y en la verde falda de la barranca, en todo lo que mis ojos descubrieran, una inmensa é infinita paz, en el seno de la cual me sentía adormecer, poseído de la dicha inefable de vivir...

El constructor se recuerda bien la entrevista que tuvo con Hilde hace diez años en Lissanger. Ella va ayudándole á reconstruir aquella historia de una extraña promesa, y de pronto, mirándole fijamente, le dice: —Vd. me tomó entre sus brazos y me besó, señor constructor Solness. —Yo! —exclama Solness, levantándose asombrado. —Sí, Vd. Me estreché con ambos brazos, me doblegó hacia atrás y me besó, me besó muchas veces. —¡Mi querida señorita Wangel! —¡Espero que no querrá Vd. negarlo! —¡Oh!, lo niego absolutamente! —¡Ah, sí? —dice ella, mirándolo irónicamente; y va á recostarse contra la estufa, donde permanece silenciosa y enojada. Solness se aproxima despacio á Hilde y la llama: —Señorita Wangel? —Ella no le contesta. —No se esté Vd. así, inmóvil, como una estatua. —Y después, tocándole en el brazo: —Lo que acaba de contar debe haberlo soñado. Oiga Vd. ... Hilde hace un movimiento de impaciencia con el brazo. —Y sin embargo!... —exclama Solness como si una idea le saltara súbitamente. —Espere, espere... Aquí hay algo de misterioso... Hilde está siempre muda é inmóvil. Solness murmura á media voz. —Debo haber pensado todo esto. Debo haberlo querido, deseado; é Y no sería, entonces, por combinación...! Pero, sí! Entonces yo lo he hecho! Hilde vuelve un poco la cabeza, y sin mirarlo: —Conque lo admite Vd. ahora? — pregunta. —Sí, todo lo que Vd. quera. —¿Que me estreché entre sus brazos? —Sí. —¿Que me echó hacia atrás? —Muy hacia atrás. —¿Y me besó? —Sí, lo hice.

Hilde se encara entonces á él, radiante de alegría, y promete á exigirle la construcción del reino prometido. Entretanto, Solness se ha sentado en una poltrona, y mientras la mira fijamente, una idea se va precisando entre las sombras de su cerebro. —Es extraño! —dice— Cuánto más lo pienso, tanto más me parece que este año me he torturado... —¿Por qué? —interroga Hilde. —Por recordarme una cosa ya cumplida y que me parecía haberla olvidado. Pero no he sido capaz de recordar nada que cosa po día ser. Solness se levanta lentamente. —Me ha hecho un gran bien su venida. —De veras? —contesta Hilde, mirándole con curiosidad por fin. —Sí, me sentí tan abrumado por tanta privación y felicidad, que ya iba á morir. —Le haré, entonces, a partir inmediatamente a juventud. La juventud vendrá a jugar mi puerta. —Se la abre Vd.

—No, no! La juventud es... la expiación. Ella marcha adelante, militando bajo una nueva bandera. Hilde se levanta a su vez, y con voz que tiembla. —¿Puedo serle útil en algo, constructor? —pregunta. —Oh! Ciertamente; ahora puede serme útil, porque Vd. misma, me parece, viene con una nueva bandera. Juventud contra juventud.

Entonces Solness, bajo la mirada magnética de aquella mujer que parece la encarnación de su nimen, se siente renacer con la nueva savia que corre por sus venas, y en un minuto supremo tiene la visión de la obra colosal que escalará los cielos para mostrar al orbé asombrado la locura soberbia de su genio. Y la idea irradia en su cerebro, le deslumbraba, le obsesiona, le embriaga sin darle un punto de reposo. Empieza la construcción de su torre, conmoviéndolo todo, sin volver la vista atrás, siempre arrastrado por una fuerza indómita y extraña. Por fin, la termina.

—Hay, que subir á ella; á colgar la corona,—le dice Hilde; y él, que sufre horrorosamente el vértigo, no vacila tampoco. En medio de una multitud frenética, Halvard Solness empieza a escalar su torre gigante, y sube, sube siempre, sube más todavía. Ya está arriba, pero su espíritu de alucinado, desposado al espíritu de Hilde, quiere avanzar aún. Empieza entonces el ensueño, y ella, desde abajo, escucha los cantos del arpa divina que atraen á su constructor. ¡Oh! ¡Cuán grande es él ahora! ¡Al cabo le ve libre! Y los cantos célestes continúan allí arriba, besando la frente de Solness. Él quiere subir más, comparecer ante el mismo Dios creador de los orbes, y en esta aptosis triunfal de su alitta soberbia, en este delirio supremo de su pensamiento de inspirado, su alma vuela más alto, abandona la misera envoltura carnal... Un cuerpo ha caído de lo alto de la torre. Se oyen voces que dicen: —Está muerto el constructor. —Se ha destruido el cráneo. —Sí,—ruge Hilde, con salvaje ternura;— pero ha llegado á la cima y yo he sentido los cantos de allá arriba y los sonos del arpa...

¡Ha triunfado! Halvard Solness está libre por fin, libre de todos, de su esposa Aina, de la Juventud, de Ragnar Brovik, y puede desposarse en la muerte con Hilde, con el nena de su vida, con su eterna inspiración, para engendrar la independencia del genio y la personalidad humana. También es en la muerte que encuentra su libertad Rosmer, y también es una mujer, Rebecca West, la que le señala la vía que ha de llevarle á su triunfo. Mueras aquí, inclinado hacia la vida, interroga angustiosamente su pasado y trata en vano de averiguar la razón del suicidio de su esposa; se encuentra enojado y miserable. Es tan difícil su interrogación, burota, confundiente, que se le abranda el alma, se le muerde la lengua, se le ahoga el alma, se le ahoga el alma, se le ahoga el alma. Rebecca canta ya de desconsuelo. Y cuando al fin se da cuenta de su personalidad, trata de hacerla valer para lograr esa dicha tras la cual ha

20 á 25, casados, que fué en 1874, 25,98; en 1875, 26,00, bajó en 1890 á 25,52. En 1874 la proporción de las mujeres casadas menores de 20 años fué de 19,99; en 1875, 20,95, y en 1890, 19,55. Lo mismo pasa en Inglaterra. En 1874 la proporción de los hombres casados menores de 20 años fué 3,71, y 32,19 la de los mayores de 25 años. En 1892 la de los primeros quedó reducida á 1,93, y la de los segundos, á 4,02. Igual cosa ocurre con la edad de las mujeres.

Sabiendo que el máximo de fecundidad para la mujer corresponde al período de 18 á 20 años, y en el hombre de 25 á 26, se comprende fácilmente la influencia que los matrimonios tardíos ejercen sobre la disminución de la población.

Diversos factores contribuyen á retardar la edad de los matrimonios. La ambición democrática hace que todas las clases, aun las más humildes, ambicionen llegar á los altos puestos, y con ese fin la mayor parte de la juventud se dedica á las profesiones liberales, que exigen el sacrificio de la mejor parte de la vida para conseguir un título académico. Después de logrado son necesarios todavía algunos años para asegurar con el título los medios que reclaman el sostenimiento de una familia.

Sobre las clases opulentas influye el deseo de gozar de los infinitos placeres inventados por la civilización, el desborde de las pasiones, todo ese conjunto de ideas y sentimientos que han originado lo que llama Zola «gran perturbación de nuestra época, que se precipita tras de los gozos». Miran el matrimonio como un refugio donde descansarán de su vida tempestuosa, y lo contraen cuando el hastío los invade; cuando perdida toda energía sólo llevan al tálamo nupcial la masa muerta de sus organismos gastados.

Pero lo peor es que los matrimonios que se celebran van siendo cada día menos fecundos, que los esposos hacen todo lo posible para tener el menor número de hijos.

Sobre esta obra también la ambición democrática, haciendo que los esposos, con el objeto de elevar la fortuna de la familia, tengan pocos hijos, para evitar la subdivisión, entre muchos, de sus bienes. Por otra parte, antiguamente los hijos trabajaban desde la edad temprana, ayudando á sus padres á soportar las cargas de la familia. Hoy son exclusivamente gravosos; empiezan á trabajar más tarde; y son pocos los que entregan á sus padres la modesta retribución de su trabajo.

Resumiendo nuestra crítica á la doctrina de Malthus diremos: 1.º Que la ley de aumento de la población en proporción geométrica sólo es aplicable á los pueblos bárbaros ó primitivos; 2.º Que la verdadera ley de la población para los pueblos adelantados consiste en asegurar que la civilización tienda á disminuir la fecundidad de la especie.

IV

Ocupémonos ahora de la población de nuestra República. El país, como casi todos los de América, se encuentra en inmejorables condiciones para el aumento de la población, por su clima templado, por la

fertilidad del suelo y por su excepcional situación geográfica.

La emigración, que como dice Leroy-Beaulieu es una función esencial de todo pueblo sano, arroja de continuo á nuestras playas el exceso de población europea, que, sin provenir en las viejas naciones, busca en la virgen región de la América nuevos horizontes donde desarrollar sus actividades. Así se explica que, á pesar de las turbulencias inherentes á estas democracias incógnitas, como las llamó Lucio Vicente López, nuestra población haya aumentado, en los pocos años que llevamos de vida independiente, de una manera notable.

Para probar esto no contamos sino con dos censos generales practicados el primero, en el año 1852, durante el gobierno de Juan Francisco Giró, y el segundo en el año 1860, siendo Presidente Bernardo P. Berro, y con varios cálculos aproximados hechos por la Dirección de la Oficina de Estadística.

El Sr. Félix Azara, en sus viajes por la América del Sur en el año 1793, asignaba á la entonces Banda Oriental, 80.685 habitantes. En la época de la declaración de la independencia, año 1829, la República contaba con 74.000. El primer censo general levantado en 1852 lo daba, 151.989. El segundo, de 1860, arrojó, 229.480. Trece años después, en 1873, el Sr. D. Adolfo Vaillant calculó la población en 450.000. En 1874, otro cálculo del mismo señor día, 440.000. Dos años después, 1876, el mismo Sr. Vaillant calculó la población en 488.245. Posteriormente, desde el año 1873, la Dirección del Anuario Estadístico calcula anualmente la población; y según su último trabajo la República tuvo en el año 1895, 792.000.

Comparando esta cifra con la obtenida por el Sr. Vaillant en el año 1879, tenemos que la población de la República aumentó en el período 1879-1895, 354.555 habitantes, ó sea, un 80,90 %.

Recordando que, según la cifra adoptada por la Dirección del Anuario, la superficie de la República es de 186.920 k cuadrados, resulta que la densidad de la población fué, en el año 1895, de 4,24 habitantes por k cuadrado.

Cotejando nuestra densidad con la de otros estados americanos, tenemos que nos superan las Repúblicas del Salvador, Guatemala, Norte-América, Méjico y Costa-Rica; y que nuestra densidad es mayor de la correspondiente á las Repúblicas del Ecuador, Chile, Honduras, Nicaragua, Venezuela, Paraguay, Bolivia, Brasil y la Argentina.

La inmigración ha contribuido muchísimo á este aumento de la población. En los 19 años transcurridos desde 1877 á 1895 inclusive, entraron 240.862 inmigrantes, produciéndose sobre los emigrantes, que en ese lapso de tiempo fueron 150.132, un excedente á favor de los primeros de 90.730 individuos.

Se nota en las columnas del Anuario la relación entre la situación política y económica del país, y el movimiento migratorio.

El año en que entraron más inmigrantes fué el de 1889, caracterizado por un relativo bienestar político y por un movimiento extraordinario de los negocios, y la máxima disminución corresponde al año 1875, año en que el vergonzoso motín militar de enero derrocó al Presidente Constitucional doctor Ellauri, reemplazándolo con don Pedro Varela, á quien le tocó presidir el período espantoso conocido en nuestra historia con el nombre de *año terrible*.

Las naciones que dan mayor contingente á nuestra inmigración son: Italia, España, Brasil y Francia.

Ya tiene lugar en nuestro país el fenómeno observado por Leroy-Beaulieu en las naciones más adelantadas, sobre el retardado de la edad de celebración de los matrimonios. Basta considerar los siguientes cuadros.

Edad de los varones casados	Número en 1880	Número en 1896
De menos de 18 años	740	550
» 18 á 20 »	718	687
» 20 á 25 »	1208	1711
» 25 á 30 »	694	746

Edad de las mujeres casadas	Número en 1880	Número en 1896
De menos de 18 años	740	550
» 18 á 20 »	718	687
» 20 á 25 »	1606	1711
» 25 á 30 »	694	746

En cuanto á la natalidad, podemos estar satisfechos, puesto que el promedio anual de nacimientos, por 1000 habitantes, es de 38,13, tasa que califica Leroy-Beaulieu de muy elevada, y superior á la de Inglaterra, Escocia, Noruega, Dinamarca, Suecia, Suiza, Bélgica, Grecia, Francia é Irlanda.

La proporción de los hijos legítimos ó ilegítimos en toda la República, en 1895; fué de 75,47 % de legítimos por 24,53 %, de ilegítimos. Obsérvese, lo que es de lamentar, el aumento de la natalidad ilegítima y la disminución de los nacimientos legítimos. En el año 1891 nacieron en toda la República 23.000 hijos legítimos y 5695 ilegítimos, y en el año 1895, 22.944 legítimos y 7459 ilegítimos.

La relación de las defunciones con la población de la República es de 15,88 por 1000 habitantes, proporción que comparada con la de otros países resulta la más baja de todas; por ejemplo, Chile da una proporción de 30 defunciones por 1000 habitantes; Costa-Rica, 23,8; Venezuela, 23,7; Francia, 23,8; Italia 29,1, é Inglaterra 21,4.

Hemos terminado nuestra conferencia. En el curso de ella creemos haber demostrado que, en lugar de exceder, debemos glorificar á las madres siempre fecundas. Nosotros, sobre todo, necesitamos atraer por todos los medios la corriente de emigración europea, sangría que vigoriza á las viejas sociedades, para desarrollar las industrias, formar el núcleo de una nacionalidad respetable, abrir nuevos rumbos á la actividad política, y en fin para realizar en las fértiles llanuras de nuestra República lo que llamaba el *barbudo de las cumbres* «la eterna comunión de las naciones».

JOSÉ SALGADO.